

AMERICA

Latina y Occidente: las esferas recurrentes

Miguel Espejo

Con frecuencia, quien se aproxima a indagar los problemas de América Latina, su realidad histórico-social, en un plano que trascienda la perspectiva de los numerosos países que la componen, debe interrogarse primero acerca de la verosimilitud de su existencia y de la consistencia en que se apoya el nombre. Pero con más frecuencia todavía son muchos los autores que no resisten la tentación de simplificar esta compleja, variada y múltiple realidad a un denominador común, como si el nombre bastase para constituir definitivamente y fijar para siempre una entidad que está haciéndose y modificándose. Sin duda, es imposible lograr un mínimo develamiento de esta vasta realidad si previamente no se reconocen los diferentes segmentos que conforman esta parte del continente americano. A la existencia de una América india, de otra blanca y de otra negra (para retomar la distinción efectuada por Fernand Braudel, en su ejemplar *Civilización material, economía y capitalismo*) deben agregarse todas las otras "Américas" que se derivan de sus respectivas combinaciones.

Para poder hablar con alguna coherencia sobre las profundas y ambiguas relaciones que ha mantenido América Latina con Occidente sería necesario saber primero, y con cierta precisión, qué se entiende por estos sustantivos. América Latina es un concepto cuyo significado puede decir alternativamente demasiado o demasiado poco. La desmesura misma del continente, que después de cinco siglos no ha sido todavía abolida ni controlada, incita a la vaguedad. América Latina no es aún una entidad claramente verificable, sobre todo a partir del afianzamiento del Estado-Nación y la aceleración del desmembramiento que sufrieron las antiguas colonias españolas. Sin embargo, su realidad dista mucho de ser una pura invención del lenguaje o una mera convención geográfica. La precariedad con que la región se encuentra articulada no significa que sea una entelequia forjada por la arbitrariedad y el azar. América Latina no es una organización federativa, producto de la suma de los distintos países, ni un ámbito lingüístico y cultural homogéneo, sino más simplemente, y ante todo, una historia; una historia que se diferencia de las demás en que ha sido deliberadamente buscada.

La invención de América

Uno de los rasgos más notables que puede observarse en los países subdesarrollados de hoy es la coexistencia de diversas sociedades en su seno. A las antiguas y arcaicas estructuras rurales se han ido agregando, como si se tratara de un movimiento geológico, capas provenientes de otra historia y de otra dimensión. La modernidad se asentó sobre instituciones centenarias o milenarias y sobre organizaciones que debieron padecer enormes cambios. Una inextricable y vasta superposición combina, en el mundo contemporáneo, aldeas con empresas transnacionales, tribus con Estados que

intentan edificar, sobre poblaciones informes, algo que adquiriera la fisonomía de una verdadera nación. Paradójicamente, en muchos países, la Nación es todavía un objetivo final, pese a que nos encontramos ya viviendo en una sociedad planetaria. Este fenómeno de sociedades superpuestas, que se encuentra en el mundo entero, incluso en los países industrializados, justamente ha comenzado de manera sistemática en América, cuando Europa movilizara todas sus energías para lograr su *invención*. Es por América que comienza (y concluye) la mundialización del planeta y la hegemonía de Occidente, que desde aquella época no ha cesado de afirmarse. La conquista significó en un primer momento la abolición de una sociedad por otra, de una cultura propia por una externa, de una lengua nativa por una lengua extranjera. Este gran proceso de sustitución prefiguró lo que ocurriría, con menos intensidad, por toda la tierra. En relación con el caso americano, para Europa fue imprescindible también, antes de entregarse a la explotación desenfrenada de metales, que necesitaba casi del modo en que alguien al borde de la asfixia necesita oxígeno, emprender la supresión de los dioses.

Ahora bien, ¿qué puede o debe entenderse por Occidente, por la civilización que construye a América y la coloca bajo su égida, dotándola de existencia y simultáneamente privándola de autonomía? En un sentido, Occidente sería incomprendible sin América, tanto la del Norte como la del Sur; incomprendible su tenaz voluntad para proyectarse sobre el planeta. Sin embargo, en la actualidad Occidente ha dejado de ser el conglomerado de naciones europeas que, identificadas con el cristianismo, encontraran sus raíces en la civilización helénico-romana, para convertirse en una suerte de sinónimo de las sociedades industrializadas, que están regidas por una economía de mercado. Esta asimilación de un modo de produc-

ción a una civilización posee graves inconvenientes teóricos y conceptuales, como cuando se intenta situar a Japón en la esfera de Occidente. En todo caso, es preferible restringir el significado del término y designar con él esencialmente a la Europa del Renacimiento y a los países que emprendieron la conquista de América y, posteriormente, la colonización del planeta. Nunca antes una civilización había osado imaginar, y hasta sus últimas consecuencias, el dominio del mundo. Esa Europa es la que se ha prolongado nítidamente en América del Norte, casi al mismo tiempo que se producía la revolución industrial en su seno. Es obvio que la denominada revolución industrial produjo modificaciones profundas en todas las sociedades del globo y sus efectos aún ahora no se terminan de medir, pese a que nos encontremos viviendo, según algunos autores, en una sociedad postindustrial, cibernética, e incluso más allá de la modernidad. A esta transformación en el terreno económico y en la producción de bienes, se suma la búsqueda de nuevos fundamentos en la legitimación del poder. La Revolución Francesa, como bien se sabe, tuvo una amplia influencia a nivel mundial, especialmente en la América hispánica.

Este denso movimiento histórico que ha transcurrido en los últimos quinientos años ha permitido la articulación de los sitios más remotos de la tierra a unos escasos centros de decisión. Este período, igualmente, marca el límite de las relaciones entre América y Europa. El Nuevo Mundo no es sólo un eufemismo de América, sino una realidad que comenzaba a cambiar todos los puntos de referencia. Europa nunca había dispuesto anteriormente de un espejo tan claro para confrontarse y para medir el alcance de las propias fuerzas. Se ha señalado en distintas oportunidades que los contactos de los vikingos con América han carecido de real importancia, principalmente por-

que Europa no estaba en condiciones de asumir la tarea de modelar y domesticar a América. Aun considerando la proyección de Occidente sobre el conjunto del planeta, América se manifiesta por derecho propio y por excelencia como el continente que es continuación de Europa.

Las sociedades americanas no sólo recibieron el pesado sello de la lengua y la religión, sino que Europa nunca se colocó ante otras civilizaciones y continentes con la misma seguridad de conquista, de abolición del otro y de ejercicio de su propia identidad. Pese a algunas imprecisiones, resulta por demás ilustrativo internarse en los escritos de Fray Bartolomé de las Casas, especialmente en su *Relación de la Destrucción de las Indias*, redactada apenas treinta años después de la conquista de México. Desde un comienzo los principales actores percibieron la importancia decisiva del número para lograr la ocupación efectiva de estas tierras inconmensurables. El obispo de las Casas estaba preocupado por la justicia que los nativos merecían, pero también por la disminución acelerada de la población indígena. El verdadero "desafío americano" ocurrió, en realidad, hace algunos siglos, cuando Europa, particularmente la península ibérica, tuvo que movilizar todos los efectivos de los que era capaz. La colonización de Africa, salvo excepciones, no implicó un desplazamiento significativo de la población europea, como ha sido el caso americano. El Viejo Continente, siguió expulsando hombres hacia América hasta poco después de la Segunda Guerra Mundial. Por otra parte, la ocupación de estas extensas tierras tenía un sentido distinto en el siglo XVI, que la colonización de Africa en el siglo XIX. El continente africano tuvo especial importancia como proveedor de hombres. No es casual que la esclavitud como sistema se produzca al mismo tiempo que la colonización del Nuevo Mundo. Así, *la invención de América*, para seguir em-

pleando la feliz fórmula del historiador Edmundo O'Gorman, fue realizada sólo en un primer momento por españoles y portugueses, ya que poco después fue casi el conjunto de Europa el que se movilizó para llevar a cabo esta tarea de grandes proporciones, que escapaba a las solas energías de España. Holandeses, flamencos, alemanes, franceses, ingleses o italianos intervinieron de muy diversas formas en la concreción y realización del proyecto americano.

Cuando los europeos toman contacto con América se producen en pocas décadas enormes transformaciones que atañen a los hábitos alimenticios como a las finanzas de la época. Mientras los contactos de Europa con India y China, y por supuesto con el mundo árabe, se habían efectuado y decantado a lo largo de siglos, con América se vieron apresados y hundidos en un vértigo, del cual los protagonistas no podían medir ni adivinar las consecuencias. La elaboración de la seda, por ejemplo, es el resultado de un acecho de siglos al secreto que los chinos custodiaban celosamente, hasta que Justiniano logra apoderarse de algunos gusanos de morera. En cambio, la circulación de la papa o del maíz, para no hablar ya de los metales, se realiza a una velocidad antes desconocida.

Entre las mayores influencias o condicionamientos mutuos merece destacarse el impacto en la población nativa, que fue diezmada por factores que no necesariamente tuvieron que ver con *la voluntad de conquista* y las diversas prácticas de exterminio. Las enfermedades, las pestes y las epidemias causaron mucho más víctimas que los hechos de guerra, el aplastamiento de las rebeliones o la simple explotación. Como contrapartida, el *treponema pallidum* dio la vuelta al mundo en unos pocos años, encontrándose ya en China a principios del siglo XVI. Esta nueva enfermedad,

que en alguna medida sirve para apreciar la celeridad de los contactos humanos, causó estragos en casi todas las poblaciones. En Europa, su impacto fue notorio, al punto de modificar las costumbres higiénicas de sus habitantes. Es interesante percibir, en el análisis de los fenómenos sociales, la concatenación de causas y de efectos, de acciones y reacciones, de negaciones y afirmaciones (o viceversa), que termina por unir un hecho a otro que, en apariencia, en nada se correspondía. Poco después del impacto de la sífilis, los baños europeos, donde presumiblemente sus concurrentes se permitían amplias libertades sexuales, disminuyeron considerablemente y llegaron al borde de su desaparición.

La biología y la genética de nuestro tiempo han dado elementos para explicar este fenómeno de poblaciones que no habían tenido contactos previos entre sí. En aquella época no se disponía aún de una visión estrictamente "científica" como para poder detectar el origen de las enfermedades que arrasaban y exterminaban a la población indígena. Hoy se sabe que sus defensas naturales eran casi nulas contra las nuevas bacterias y virus. Y como ya he señalado, la brusca disminución de población en América, la enormidad de las empresas en juego, la magnitud de las necesidades europeas, obligaron a disponer de un número cada vez más creciente de brazos. América se transformó así en una auténtica devoradora de hombres. Este nuevo Moloc tenía todos los visos de la modernidad. La explotación de las minas, principalmente en Bolivia y en México, y tiempo después el cultivo de plantaciones, agravaron la tendencia a niveles insoportables. Negros, indígenas, mestizos, aunque también blancos, eran entregados incesantemente a los socavones como a las primeras plantaciones. Una historia de la criminalidad europea revelaría muy bien el uso múltiple que se hacía de América: proveedora de

metales y basurero de hombres. Un original pacto de sangre, se tiente uno a decir, aunque la expresión sea un poco fuerte, selló irremisiblemente el destino de América, en tanto invención y prolongación ineludible de Europa. En un conocido pasaje de *El Capital*, Marx denuncia, con el énfasis que lo caracterizaba, las condiciones laborales en América y su reproducción en Europa. Por lo tanto, no es sólo América del Norte la que se constituye como continuación de Europa. Su caso es claro y transparente. Pero el resto de América también fue modelado por este movimiento histórico, mediante el cual Europa encontró la forma de canalizar sus fuerzas y de proyectar su visión al mundo entero. *La invención de América* fue una parte considerable de la invención del mundo. La percepción de Occidente estaba destinada, por su misma naturaleza, a derramarse sobre la faz de la tierra.

La razón instrumental

Cuando a fines del siglo XVI y en el transcurso del siglo XVII la filosofía propone una nueva forma de aproximarse a la naturaleza, en realidad se está sancionando por la vía del pensamiento una tendencia que ya se había perfilado, al menos en alguna medida, en el campo histórico. La expansión de Occidente no puede ser considerada exclusivamente bajo la perspectiva de fuerzas sociales que necesariamente debían encontrar una salida, sino ponerla en relación con un cambio de posición ante el mundo. Lo que la filosofía expresa en términos de predominio del sujeto sobre el mundo o de dominación de la naturaleza es, por así decirlo, la culminación metafísica de un movimiento visualizable en numerosos acontecimientos. El pensamiento filosófico ha alcanzado a

imprimir una visión inédita, cuyos elementos preparatorios se encuentran en el Renacimiento, para inaugurar lo que Kostas Papaioannou ha llamado "el reinado del hombre". Por su parte, la conquista de América ha permitido constituir un vasto terreno de experimentación, en lo que respecta a la organización social. En este sentido, la *voluntad de conquista*, la dominación de la naturaleza, la reducción físico-matemática del mundo se encuentran estrechamente unidas. Así, entre los múltiples niveles de asimilación que practicó Occidente para modelar una América de acuerdo con sus necesidades, debe mencionarse la presencia, apenas esbozada pero no por eso menos pujante, de la razón instrumental. El impacto en la población, el fluido intercambio de especies animales y vegetales, la modificación de religión y lengua, las otras formas de organización social, etc., aparecen condicionados por el desplegamiento de una nueva razón y por una nueva manera de concebirse en relación con el mundo.

Al analizar algunos de los caracteres centrales de América Latina, Octavio Paz ha mostrado la singularidad de los países que colonizaron en principio este continente. España y Portugal no se vieron poseídos por el espíritu del Renacimiento, ni tampoco frecuentados por una disposición crítica, capaz de poner un límite a sociedades fuertemente jerarquizadas. España especialmente jugó un papel de primer orden en la Contrarreforma. Por otra parte, la influencia del mundo árabe en la península fue de tal magnitud que apenas merece señalarse. Recordemos de paso que la caída de Granada en manos de los Reyes Católicos ocurrió el mismo año que el descubrimiento de América. Sin embargo, las particularidades ideológicas y culturales del imperio español no bastaron para contener un movimiento que se rebelaba irrefrenable. Europa, a pesar de sus innumerables con-

flictos, se encontraba unida por una amplia red de intercambio que prácticamente irrigaba a todo el continente. De este modo, los españoles, pese a sus evidentes deficiencias en la conformación de un espíritu crítico y moderno prefiguraban una *Weltanschauung* que terminaría por apoderarse del planeta. Además, la resistencia a esta nueva visión del mundo no era privativa del catolicismo español, como bien lo demuestra la principal obra de Copérnico, publicada el mismo año de su muerte.

En la historia de las civilizaciones y de las sociedades no es ninguna novedad que casi todas ellas intenten situarse como centro del mundo. Occidente no ha sido la excepción en esta actitud de defensa de su identidad en relación con otras civilizaciones. El imperio Celeste se permitió ejercer esta vieja costumbre en pleno siglo XVIII, cuando la hegemonía europea era visible en casi todos los lugares de la tierra. Pero, lo completamente distinto fue que Occidente poseía algo "más explosivo que la pólvora" (la expresión es de Jean Beaufret), que consistía en un cambio radical de la posición del hombre frente al mundo. No es sencillamente el *experimentum* como método lo que confiere una superioridad manifiesta a partir de la ciencia; *la ratio experimentalis* ya había sido propugnada por Roger Bacon y, por otra parte, el propio Aristóteles nunca la combatió. En realidad, fueron múltiples los elementos que concurren para alcanzar un método, tras la búsqueda sistemática de él, que terminó por configurar lo que en nuestro siglo se ha llamado la razón instrumental.

La expansión de Occidente se vio acompañada por una actitud que, muy esquemáticamente, podría resumirse de la siguiente manera: hay un

sujeto para conocer (*res cogitans*) y un mundo para ser conocido (*res extensa*). Descartes, al sintetizar de esta manera la nueva relación del hombre con lo existente, instaura una posición absolutamente privilegiada del sujeto, ya que forzosamente el mundo debe permanecer bajo su dominio. En adelante, el hombre estará consagrado, en un ámbito secularizado y despojado de lo sagrado, a un ejercicio metódico de conocimiento, concebido éste como un modo de apropiación y no de acuerdo con la naturaleza. Legítimamente se ha observado que, considerado de esta manera, Descartes funda "el método de los métodos". Un poco antes Francis Bacon había percibido con claridad el poder que se derivaba del conocimiento y cómo estos términos pasaban a constituir una diada inseparable. Está demás decir que los efectos de esta unión se han sentido especialmente en nuestros días; la bomba de fisión nuclear que explotara en 1945 es uno de los tantos ejemplos. Al mismo tiempo, Galileo fue el gran exponente de una tendencia que ha propiciado la reducción físico-matemática de todo lo existente. La relación del hombre con lo viviente no tendría más las características que alentaba un San Francisco de Asís, en su búsqueda de una comunión entre la vida del hombre y aquello que lo rodea. Un árbol puede ser reducido ahora a sus moléculas y su valor traducible no sólo a términos económicos, sino también energéticos. Por su parte, Leibniz ha comprendido demasiado bien que esta nueva situación debía encontrar "un principio de los principios" en el cual apoyarse. El creyó detectarlo en "el principio de razón suficiente", es decir, en algo que le permitía ampliar el influjo de la razón hasta las esferas más remotas. La fórmula *Nihil est sine ratione* completa el círculo, cuyo trazado parte de la constitución del sujeto como eje del mundo. Estos diversos pilares, aunados a una no menos clara *voluntad de conquista*, han posibilitado el establecimiento de la sociedad moderna, la

expansión de Occidente y el triunfo del conocimiento científico-técnico, por medio del cual el hombre no sabe más qué es él para sí mismo. Nuestra sociedad contemporánea, como bien lo visualizara y lo enseñara Heidegger, es heredera directa de ese espíritu.

En esta perspectiva, el peso de Occidente sobre América Latina ha sido de tales proporciones que le ha dejado muy poco margen de movimiento y un escaso impulso para una auténtica creación, al menos en el terreno del pensamiento y de la organización social que necesitaba forjar en concordancia con su población de base. Se ha insistido que América Latina, después de su independencia política, ha copiado del exterior las instituciones que debían regular el funcionamiento de estas incipientes naciones (se las ha “adoptado” y no “adaptado”, se ha advertido). En consecuencia, se erigieron instituciones que no se correspondían con las realidades locales. Pero, en América, en las antiguas colonias españolas, ¿era factible hacer otra cosa? Demasiado hemos sufrido en el mundo contemporáneo los acontecimientos que se justifican con la noción de fatalidad histórica, como para que se intente su *aggiornamento*. Sin embargo, parece difícil concebir en los protagonistas de la revolución o de la rebelión contra la metrópolis española (el caso portugués y brasileño ha seguido su propio curso) una actitud superadora de las diferentes líneas políticas que estaban en juego, como la invención de nuevas formas organizativas, distintas a los modelos existentes.

La ausencia de instituciones surgidas de la misma realidad social se encuentra indisolublemente ligada a la forma en que Occidente emprende el remodelamiento de América. Carlos Fuentes, en un sugerente ensayo, ha desmontado los mecanis-

mos utópicos que existían en la construcción del Nuevo Mundo. Esta utopía se encuentra también en relación con el “reinado del hombre”, donde por primera vez es factible, aun cuando se lo haga bajo el amparo de la cruz, la fundación de una nueva sociedad y el establecimiento de una especie de paraíso sobre la tierra. Pero en este proyecto, Europa se trabajaba, en verdad, a sí misma. Occidente se ha reinventado en la construcción de América, como si para completar su renacimiento le hubiera sido imprescindible erigir un nuevo espacio y ampliar, por esta vía, la extensión de su horizonte. En *Der Tod des Vergil* su autor escribe una línea que puede ser enteramente aplicada a la situación de Occidente en relación a América: “todo nacimiento necesita de un renacer para ser válido”. La analogía, me parece, no es forzada. Hermann Broch ha vislumbrado en su gran novela algunos rasgos esenciales de una civilización que, en el momento de escribir lo que antecede, se encontraba hundida en el exterminio y la masacre. Por esta razón siempre resulta conveniente, cuando se habla de las guerras civiles y dictaduras que han asolado a América Latina, no olvidar los aniquilamientos masivos que se llevaron a cabo en el continente europeo, fundamentalmente hasta la mitad del siglo XX. Los campos de concentración y de exterminio en Alemania, los regímenes totalitarios en la mitad de Europa, la colectivización de los kúlaks con sus millones de víctimas en esa periferia de Occidente, etc., se convierten en reflejos desoladores de la historia contemporánea de América Latina y del mundo en general. La recurrencia al exterminio como método es la expresión de una civilización que por medio de la *ratio* y del cálculo transformó la naturaleza, las sociedades y los hombres en instrumentos de lo que Nietzsche llamara “la voluntad de poder”.



Resistencias y refutaciones

Toda obra de gran envergadura escapa al destino que sus progenitores le tienen reservado. América Latina ha sido la regla y no la excepción. Ella pertenece a la civilización occidental que le dio origen, pero de un modo muy especial, ya que vuelta a vuelta las particularidades, las costumbres y creencias, los rasgos propios, parecieran abocarse a la refutación de su pasado. Cuando los jefes militares o los dictadores y sus epígonos aseguran defender los “valores occidentales” no realizan un simple acto de propaganda, contra “la expansión comunista”, sino que perpetúan un equívoco inicial. En sus grandes variantes América Latina pertenece en un todo a Occidente; sin embargo... ¡cuántas diferencias! Quizás lo más adecuado sea decir que América Latina ha sido modelada y configurada por Occidente, pero que no se confunde enteramente con él.

Al producirse la descolonización y la independencia política, algunos pensadores europeos, entre los que sobresale Hegel, rápidamente observaron la extrema precariedad sobre la que se asentaban las instituciones, así como las reiteradas intervenciones de los ejércitos, o mejor aún, de las bandas y fracciones que anteriormente los componían. Pero no hay que olvidar que la descolonización trajo aparejada una fragmentación que tornó completamente relativa la independencia política de estos jóvenes países, apresados por el desconcierto de su destino. Así mismo, tampoco hay que olvidar que parte de la debilidad institucional fue el resultado de los intereses contrapuestos que las

distintas potencias europeas tenían en estas tierras. Los acontecimientos que se desarrollaban en el viejo continente tenían una profunda repercusión en América, al punto que la invasión napoleónica a España desató la lucha por la independencia. En este contexto, los ingleses supieron aprovechar largamente la hegemonía marítima y mercantil que tenían en la época. Sin duda, sociedades en permanente ebullición no favorecen el crecimiento del comercio, y es difícil afirmar sin precauciones que los ingleses propiciaran la balcanización y la inestabilidad. Pero a menudo sus actividades produjeron resultados que escapaban de sus manos. En cualquier caso, es bastante claro que Gran Bretaña sucedió a España, de manera relativa, en la hegemonía del área. Sin reducir el accionar del *Foreign Office* a la principal causa de la independencia hispanoamericana, como lo han pretendido algunos historiadores proclives a la teoría del complot, no se puede desconocer la importancia del factor Gran Bretaña. La comercialización de las mercancías inglesas y de los productos americanos se compaginaba mal con las barreras aduaneras impuestas por la corona española. Antes de que estuviera en su apogeo el aislamiento británico en su política hacia el continente (*splendid isolation*), ya se habían comenzado a anudar numerosos lazos con esta parte de América. Ahora bien, esta conocida historia, que de tan conocida corre el peligro de volverse trivial, muestra hasta qué punto existía un entramado sutil entre la hoy llamada América Latina y Europa en general, como así también las complejas relaciones entre cada región y las diversas potencias europeas. A mediados del siglo pasado, por añadidura, algunos países americanos comienzan a sufrir la influencia y la hegemonía de los Estados Unidos. Así, la historia de la independencia de México y su evolución posterior, por ejemplo, es muy diferente a la del efímero Virreinato del Río de la Plata, región en donde se siente

la influencia británica hasta bien entrado el siglo XX.

Este fuerte condicionamiento de potencias extranjeras a los países latinoamericanos ha determinado, en una medida no desdeñable, que sus instituciones políticas y sociales no fueran completamente propias, pero tampoco una copia fiel del exterior. Por este motivo, la integración de América Latina a la civilización occidental no ha sido un proceso que haya podido ser llevado a cabo linealmente y sin conflictos. Las instituciones y la organización del Estado eran (y con frecuencia son) imitaciones distorsionadas de las de los países centrales; sin embargo, su estado larval tiene el mérito de reflejar, aunque sea inadecuadamente, el profundo divorcio entre capas importantes de la población y la civilización que supuestamente debía "educarlas". Existe una resistencia subterránea, incluso en nuestros días, a una asimilación completa; aunque sin duda esta resistencia es hoy muy inferior a la de épocas anteriores. La desarticulación de las culturas locales, la transculturización, es un fenómeno también planetario.

Uno de los principales mecanismos de integración, en el período colonial, fue la imposición de la lengua, con el propósito claramente deliberado de cortar las raíces que aseguraban una identidad cultural. Esto se ha realizado más sistemáticamente en las regiones organizadas en torno a los dos imperios prehispánicos, que se diferenciaban notablemente de las otras regiones ocupadas por sociedades sin Estado. Ahora bien, las dos lenguas oficiales de América Latina son principalmente el castellano y el portugués, pero la realidad es muy diferente. No sólo se preservan, en Perú mejor que en México, las lenguas de los imperios, sino que por toda América Latina exis-

ten dialectos y otras lenguas que deben contarse por muchas decenas, aun cuando la mayoría de ellas, sobre todo en lo que va del siglo, se encuentren en franco proceso de extinción. Algunas lenguas desaparecieron por la sencilla razón de que se extinguieron también los grupos humanos que las animaban, como ha sido el caso de los onas en Tierra del Fuego y que en el siglo pasado, por su "atraso", provocaron el deslumbramiento de Charles Darwin. Los antropólogos y los etnolingüistas han podido clasificar la enorme variedad lingüística de América Latina. Sin embargo, la resistencia subterránea para aceptar de manera total el modelo impuesto por "otra" civilización no se refleja exclusivamente en la pervivencia de las lenguas autóctonas. Mitos, creencias, comidas, bailes, fiestas, ritos y costumbres están separados a veces por un abismo de sus congéneres occidentales. Obviamente, este fenómeno se verifica en los otros continentes y en otras culturas, pero aquí adquiere matices contrastantes, que seguramente se deben al hecho de que ninguna otra región ha sido tan trabajada y cultivada por Occidente. El carácter bifronte de América Latina se expresa en todos los estratos que la constituyen y se manifiesta de manera particular. El modo de producción industrial, para utilizar una frase hecha, ha intentado funcionar en cualquier lugar de la tierra siguiendo un mismo esquema básico de organización. En consecuencia, ha sido natural y previsible que se produjeran en todos los sitios resistencias pasivas o activas a funcionar de acuerdo con esquemas organizativos que no eran los propios. Pero en el caso latinoamericano sorprende que, a pesar de una asimilación de siglos, todavía se manifieste en la base cierto rechazo a esta programación externa.

Si las lenguas distintas a las de Occidente reflejan los espacios autónomos de un continente que, en teoría, está plenamente integrado a una

civilización, las variantes religiosas, a su turno, completan el fenómeno. América Latina, se afirma simplificadamente, es la región del mundo que, por su población, efectúa el mayor aporte al catolicismo. No obstante estas aseveraciones, también aquí encontramos que la realidad es mucho más inasible que las declaraciones y definiciones del Estado o la Iglesia. El sincretismo, la permanencia de ritos que tienen poco en común con la liturgia católica, en fin, un cristianismo modificado en cientos de detalles, según sea la zona de la que se trate, pone en entredicho la afirmación inicial. América Latina es, por cierto, católica, pero para que la fórmula sea completamente veraz es necesario describir también la forma en que lo es. La práctica del vudú en Haití quizás marque una frontera extrema en las costumbres religiosas de Latinoamérica; sin embargo, se encuentran así mismo las umbandas y macumbas brasileñas, la veneración muy especial a la Virgen de Guadalupe o a la Virgen de la Soledad (la de aquellos que no tienen a nadie, como lo expresara Malcolm Lowry) en México, para no hablar ya de los ritos "cristianos" de los indios chamulas en Chiapas. La celebración de la fiesta de la Pachamama en Bolivia, al igual que otros ritos, muestran algunos de los muchos componentes no occidentales en las creencias religiosas latinoamericanas. La presencia de elementos animistas en el seno o a la par del cristianismo, indica incluso que por momentos, un segmento de la población, se sitúa en otro plano del pensamiento. Mircea Eliade ha sostenido que la representación religiosa y el sentimiento de lo sagrado están íntimamente ligados a una configuración espacial. No sorprende entonces encontrar, con cierta frecuencia, a lo largo y ancho de América Latina, una noción diferente del espacio y del tiempo.

¿Un pensamiento latinoamericano?

En el *Cahier de l'Herne* que se le consagrara, el mismo Mircea Eliade refiere en un artículo dedicado a Newton que sus papeles y trabajos sobre la alquimia fueron recién expurgados en nuestro siglo, por el muy conocido economista Lord Keynes. Tributario directo de la visión del mundo propuesta por Galileo, ferviente partidario de una explicación física del Universo al punto de proponer una mecánica celeste, Newton continúa, sin embargo, ejerciendo un pensamiento, al menos en esta parte secundaria de su obra, vinculado a una percepción mágica de la realidad. Es altamente significativo que sea justamente él quien sostenga, al mismo tiempo, un pensamiento "científico" y otro "mágico". Pero esto no debería extrañarnos, ya que la imaginación, por empeñada que esté en servir a la ciencia, no puede dejar de pagar tributo a la magia, es decir, al azar. Por otra parte, las causas de esta situación anómala y contradictoria habría que buscarlas en todos los siglos que precedieron el advenimiento de una visión científica del mundo. Ni Occidente, ni sus científicos podían quedar exentos de una corriente que se encuentra en todas las civilizaciones y que quizás responde al profundo deseo del hombre de poner en relación todo con todo. Análogamente, es posible decir que América Latina ha participado de manera específica en esta corriente, emparentada con el pensamiento mítico, y que recibiera, en algún grado, del propio Occidente. La propuesta de un pensamiento vuelto danza, como lo quería Nietzsche, ha adquirido en determinadas circunstancias su estatuto de realidad.

Es evidente, sin embargo, que un pensamiento de este tipo, por rico que sea en dotar de sentido al

mundo, no está en condiciones de ser fijado en una secuencia metódica, del modo en que lo es el pensamiento analítico. Pero también la crisis de racionalidad, expresada por algunos de los más importantes pensadores del último siglo, se ha manifestado en el mismo desenvolvimiento de la realidad. Los efectos de la producción industrial en el medio ambiente, la desagregación del tejido social, la pérdida de referencias culturales, el enorme impacto en los sistemas de valores tradicionales, quizás conduzcan a la formulación de un nuevo "principio de incertidumbre" en el campo de las disciplinas que intentan comprender y estudiar los diversos hechos humanos: el hombre nunca alcanza a saber completamente los efectos finales de su propia actividad. En este sentido, hoy pueden considerarse muchos matices de lo que es América Latina en general. En el *Facundo. Civilización y barbarie*, en ese primer ensayo hispanoamericano digno de ese nombre, Sarmiento se lamenta de que no exista ningún Tocqueville para analizar nuestra realidad. En la actualidad, la pérdida de un conocimiento absolutamente seguro de sus fundamentos permite avanzar en los conos de sombra de esta errática historia. Hasta una fecha muy reciente, el positivismo y el materialismo histórico se negaban a admitir la necesidad de un pensamiento crítico, dispuesto a reflexionar sobre nuestras particularidades como sobre las instituciones indispensables para el funcionamiento adecuado de nuestras sociedades.

El anacronismo y el mesianismo revolucionario han sido constantes que, permanentemente, han impedido un examen creador de nuestra historia y de nuestro presente. Por eso mismo, el terreno donde con mayor transparencia se percibe la pertenencia de América Latina a Occidente es en el del pensamiento. Sin duda, las confrontaciones y las variadas interrogaciones al pensamiento occidental han podido alcanzar auténticas expresio-

nes y no estar completamente desprovistas de originalidad, pero siempre como prolongación de un núcleo primigenio. La ausencia relativa de un pensamiento creativo, su íntima dependencia de las corrientes europeas, debería ser aceptada con serenidad y madurez. En todo caso, es preferible esta actitud a inventar artificialmente lo que en algunas universidades se llama filosofía latinoamericana; ésta es apenas una posibilidad y un ejercicio prospectivo del pensar.

El iluminismo, en el momento de la independencia americana, y más tarde el positivismo tuvieron influencias decisivas en la conformación de nuestros países. Los dirigentes políticos, los intelectuales, así como la "clase culta", estaban imbuidos de estas ideas y su horizonte se limitaba a esta perspectiva. Pero aquí nos encontramos nuevamente con un fenómeno planetario. La modernización de la sociedad, bajo el imperio de la ciencia y la técnica, ha sido un "mito actual" tanto para Lenin ("el socialismo es el poder de los soviets más la electricidad") como para la mayoría de los dirigentes que buscaban adecuar la marcha de América Latina a la marcha del mundo. En un sentido opuesto, las ideas provenientes de un espíritu inmovilista continuaban y continúan actuando sobre la realidad, manifestando su poderío y proclamando su vigencia. Así, América Latina posee "pensamientos" que oscilan entre una adhesión irrestricta a las técnicas de punta, y aquellos que confiesan su pertenencia al neotomismo, pasando por los que reivindican la validez de una visión "indígena". Considerando este vasto espectro, resulta muy difícil la elaboración de una crítica que los contenga y al mismo tiempo los supere.

A su turno, el marxismo-leninismo debió descubrir por cuenta propia los límites de su teoría y de su doctrina, cuando emprendió la tarea de

comprender y modificar la realidad latinoamericana. Posiblemente más que en otros lugares, no logró encontrar formas adecuadas de expresión social. Desde los orígenes hubo un desacuerdo fundamental entre una teoría que deseaba dar cuentas de todos los acontecimientos históricos y una realidad que se negaba a ingresar en estos esquemas. La interpretación que Marx hace de Bolívar, en la biografía que escribiera para la *New American Ciclopedia*, revela elocuentemente esta incongruencia básica. José Revueltas, a pesar de su filiación marxista, en su espléndida novela *Los días terrenales*, no suficientemente valorada, y que retirara de circulación por los embates que recibiera, entre ellos el del propio Pablo Neruda, ha descrito bien esta incongruencia. Un militante asiste al reparto de peces, que se efectúa entre distintas poblaciones indígenas, y percibe de pronto, con nitidez, el absurdo de encontrarse en medio de una realidad articulada por ritos y mitos, como representante de una célula llamada Rosa Luxemburgo.

La asimetría entre los hechos y las ideas, entre pensamientos "universales" y realidades locales, en fin, entre "la teoría y la praxis", se encuentra en demasiados lugares como para pretender su exclusividad; pero, en América Latina fue una constante que gravitó fuertemente desde un comienzo. Tanto las ideas conservadoras como las revolucionarias provinieron de un mismo tronco y ellas estuvieron neutralizadas muy secundariamente por el peso de las civilizaciones precolombinas. En los hechos, la región no posee aun ningún pensamiento que alcance a disminuir su dependencia de las experiencias occidentales, situación que seguramente se encuentra en relación con la débil producción filosófica de España. Además, salvo honrosas excepciones, estas experiencias llegaron degradadas, en una versión criolla y elemental. El positivismo latinoamericano

fue, con excesiva frecuencia, una caricatura del *Cours de Philosophie positive*. Los nacionalistas 'a outrance encontraron, irónica y ridículamente, en el ideario de Maurras su fuente de inspiración. En cierta oportunidad y en respuesta a una pregunta acerca de su aporte a las letras hispanoamericanas, Borges me manifestó que él pensaba, sobre todo, en la *Antología de la literatura fantástica*, porque con ella había contribuido a hacer conocer otra visión del hecho literario, totalmente condicionado por esa época, y dominado, por el positivismo y un realismo procaz.

Justamente, es en gran medida gracias a las originales experiencias en el terreno del arte y las letras, que América Latina ha logrado una consideración especial en Occidente. La creación literaria de estas últimas décadas se ha desprendido de una influencia causal para ingresar, con voz propia, a una dimensión donde predomina el diálogo. Novelistas, poetas, pintores o músicos reflejan persistentemente la búsqueda de una identidad cultural, pero ella se realiza por medio de obras que están llenas de significación. Esta nueva situación, impensable a principios de siglo, ha permitido que numerosos escritores y artistas pudieran devolver con otra mirada lo que recibían del mundo. En la actualidad, los escritores no sólo encuentran sus nutrientes en las otras lenguas occidentales, sino que sus propias experiencias sirven de base para nuevas expresiones. Ya no se trata únicamente de "denunciar" las injusticias sociales o de "difundir" los hechos de nuestra dolorosa realidad, sino de alcanzar un lenguaje que manifieste las múltiples dimensiones del hombre.

Un caso que resume ejemplarmente la alteridad de América Latina, su permanente vaivén entre la pertenencia y el extrañamiento, es el de Jorge

Luis Borges. Su muerte ha desvanecido lamentablemente el mito de todos aquellos que lo sentíamos inmortal. El expresa, en un plano que desborda por lejos los límites de la biografía o de la historia de la literatura, la contradictoria situación de la cultura y del pensamiento en América Latina. Hace diez años, E.M. Ciorán advirtió lúcida-mente la amplitud del fenómeno. Borges “encarna la paradoja de un sedentario sin patria intelectual, de un aventurero inmóvil que se encuentra a sus anchas en varias civilizaciones y en varias literaturas, un monstruo magnífico y deshauciado”. Y poco más adelante, después de señalar que no encontraba ni en Francia ni en Inglaterra alguien con una curiosidad y con una avidez comparable a la suya, Ciorán confiesa: “lo que más amo en Borges es su desenvoltura en los dominios más diversos, su facultad para hablar con igual sutileza del Eterno Retorno y del tango”. Las líneas escritas en *Exercises d’admiration* reflejan, por medio de la descripción de Borges, la terrible discordancia de este continente, munido de una vitalidad desconcertante, al mismo tiempo que de una parálisis proverbial. ¿Qué pensamiento sabría acercarse a tal fenómeno? Las formas elípticas que Borges cultivara con maestría no indican sólo un gusto literario personal, sino la convicción de que nada, en este mundo, desde estas tierras, puede ser definitivamente nombrado. Durante largos años se ha discutido con demasiada pasión, y a veces con bajeza, acerca del lugar que ocupaba Borges en las letras de este continente, e incluso si podía ser considerado un escritor perteneciente a América Latina, lo cual muchos le negaban. Su enorme talento personal, que le permitió escapar a las mezquinas fronteras de las nacionalidades y al clima asfixiante de los prejuicios, no alcanza a ocultar el hecho de que representa de manera cabal a este continente en ebullición, sacudido por desventuras geológicas y sociales, pero también abierto a múltiples dimensiones.

América Latina, fundamentalmente a través de la literatura y del arte, se ha apropiado o apoderado, de manera casi espontánea, de los eventos culturales de otras regiones y de las manifestaciones artísticas de casi todos los países de Occidente, para recrearlos y conferirles una nueva personalidad, en el sentido etimológico del término. La literatura latinoamericana, cualquiera sea la lengua en que se realice, se ha visto enriquecida por obras de origen inglés, francés, alemán o italiano, de un modo *simultáneo*. Al respecto se puede observar, comparativamente, la grave ignorancia que poseen, en general, los poetas franceses sobre la poesía inglesa. Por el contrario, esta región periférica de Occidente ve concurrir a su seno expresiones provenientes de todos los lugares del mundo, con el mismo hambre con que antaño acechaban los bárbaros estacionados en las marcas del Imperio Romano.

La rica variedad de las letras latinoamericanas, en contrapartida, ha conducido a una confusión. Mágicamente se equiparó esta “madurez” en el campo artístico y literario a la conformación de un pensamiento. André Gide afirmó con desdén que los latinoamericanos sólo se encontraban esperando las nuevas expresiones europeas para imitarlas. Esto ha quedado desmentido en lo que atañe al arte, pero no en lo que atañe al pensamiento. Por complacencia o facilidad, hoy se efectúa la asimilación de escritor a intelectual, cuando en los hechos la pobreza del pensamiento latinoamericano salta a la vista. De ahí también las confusiones y reacciones cuando se insinúa un verdadero pensamiento crítico que cuestiona el conformismo imperante. El dominicano Pedro Henríquez Ureña, el mexicano Alfonso Reyes o el argentino Ezequiel Martínez Estrada debieron pagar a menudo el alto precio del aislamiento y la incompreensión. La historia es pródiga en dar ejemplos de cómo el pensamiento libre es condu-

cido a la insignificancia. Por otra parte, no está demás señalar que los autores recién mencionados, junto a tantos otros, han contribuido de manera esencial a la integración cultural de América Latina. Ya desde los comienzos de la independencia, la región ha sido vertebrada por los incansables viajeros que buscaban una dinámica comunicación y confrontar sus ideas. En la actualidad, esta confrontación está lejos de ser fructífera. El pensamiento existente en América Latina, en lugar de abrirse a la interrogación, prefiere clausurarla por medio de respuestas fabricadas de antemano. Al respecto, Neruda es un buen ejemplo de que se puede ser un gran poeta y nulo como

pensador. Sin embargo, y no por su culpa, sus opiniones fueron consideradas un producto genuino del pensar. América Latina sigue padeciendo esa enfermedad del pensamiento que consiste en transmutar el deseo de cambiar la sociedad en una reflexión profunda. No es casual que, salvo algunas conocidas excepciones, escritores prolíficos en declaraciones rara vez asuman el riesgo de desarrollar estas mismas ideas bajo la forma de ensayos. Más humildemente, en un poema titulado *Los gauchos*, Borges –para volver a él en una especie de indirecto y tímido homenaje– escribe: “Vivieron su destino como en un sueño, sin saber quiénes eran o qué eran. Tal vez lo mismo nos ocurre a nosotros”.